

El sol arriba se embebía en las copas de los árboles, trasluciendo el follaje multiverde. Guiñaba de ultrametálicos destellos en las rendijas de las hojas y hería diagonalmente el ámbito del soto, en saetas de polvo encendido, que tocaban el suelo y entrelucían en la sombra, como escamas de luz. Moteaba de redondos lunares, monedas de oro, las espaldas de Alicia y de Mely, la camisa de Miguel y andaba rebrillando por el centro del corro en los vidrios, los cubiertos de alpaca, el aluminio de las tarteras, la cacerola roja, la jarra de sangría, todo allí encima de blancas, cuadrazules servilletas, extendidas sobre el polvo.

- ¡Bueno, hombre!, ¿qué os pasa ahora? ¿Me la vais a quitar? - Echaba el brazo por los hombros de Carmen y la apretaba contra su costado, afectando codicia, mientras con la otra mano cogía un tenedor y amenazaba, sonriendo:

- ¡El que se arrime...!

- Sí, sí, mucho teatro ahora -dijo Sebas-; luego la das cada plantón, que le desgasta los vivos a las esquinas, la pobre muchacha, esperando.

- ¡Si será infundios! Eso es incierto.

- Pues que lo diga ella misma, a ver si no.

- ¡Te tiro...! -amagaba Santos levantando en la mano una lata de sardinas.

- ¡Menos!

- Chss, chss, a ver eso un segundo... -cortó Miguel-. Esa latita.

- ¿Esta?

- Sí, esa; ¡verás tú...!

- Ahí te va.

Santos lanzó la lata y Miguel la blocó en el aire y la miraba:

- ¡Pero no me mates! -exclamó-. Lo que me suponía. ¡Sardinas! ¡Tiene sardinas el tío y se calla como un zorro! ¡No te creas que no tiene delito! -miraba cabeceando hacia los lados.

- ¡Sardinas tiene! -dijo Fernando-. ¡Qué tío ladrón! ¡Para qué las guardabas? ¿Para postre?

Rafael Sánchez Ferlosio, El Jarama

"Los otros iban llegando a la venta. El de la camiseta a rayas iba el primero y tomaba el camino a la derecha.

Una chica se había pasado.

-¡Por aquí, Luci! -le gritaba-. ¡Donde yo estoy! ¡Aquello, mira, allí es!

La chica giró la bici y se metió al camino, con los otros.

-¿Dónde tiene el jardín?

-Esa tapia de atrás, ¿no lo ves?, que asoman un poquito los árboles por cima.

Llegaba todo el grupo; se detenían ante la puerta.

-¡Ah; está bien esto!

-Mely siempre la última, ¿te fijas?

Uno miró la fachada y leía:

-¡Se admiten meriendas!

-¡Y qué vasazo de agua me voy a meter ahora mismo! Como una catedral.

-¡Yo de vino!

-¿A estas horas? ¡Temprano!

Entraban.

-Cuidado niña, el escalón.

-Ya, gracias.

-¿Dónde dejamos las bicis?

-Ahí fuera de momento; ahora nos lo dirán.

-No había venido nunca a este sitio.

-Pues yo sí, varias veces.

- ¡Buenos días!
- Ole buenos días.
- Fernando, ayúdame, haz el favor, que se me engancha la falda.
- Aquí hace ya más fresquito.
- Sí, se respira por lo menos.
- De su cara sí que me acuerdo.
- ¿Qué tal, cómo está usted?
- Pues ya lo ven; esperándolos. Ya me extrañaba a mí no verles el pelo este verano".

Rafael Sánchez Ferlosio, El Jarama